

se los ató á las rodillas; sentado en su tren de trasera, Negrillo asistió, impasible, á estos preparativos indispensables de viaje.

Cuando estuvieron terminados, el animal se lanzó el primero delante del camino, como si hubiese adivinado la misión de guía que su amo quería darle; pero antes de seguir al perro, José dirigió una mirada á la calzada... Matifay, hacia ya diez minutos que había renunciado á seguir al joven á través de las hornagueras, y contorneando los lindes del pantano, se alejaba con paso muy veloz.

La defección de Negrillo le había hecho conocer de una manera cierta este espía misterioso é inasible á quien había perseguido toda la noche.

Este espía no podía ser sino José. Matifay no lo dudaba ya; estaba persuadido de que el mozo sabía todo, y de que si, con semejante tiempo, se metía en las hornagueras, era para esforzarse en prevenir á Octavio del peligro que corría la condesa Elena, y del que corría él mismo.

Prevenido Octavio, esto era la ruina de todas sus esperanzas, era su perdición y la de sus dos compañeros. Ahora el triunfo, la salvación, no dependían mas que de una cuestión de tiempo. Era menester, á toda costa, que pereciese Octavio, y que José pereciese al mismo tiempo; por eso Matifay se daba toda la prisa que podía, andando con la rapidez que sus cortas piernas se lo permitían.

Calculaba que, en atención á la dificultad que ofrecía el camino al cruzar las hornagueras, y no obstante el gran rodeo que daba, llegaría por lo menos una hora antes que José, diez minutos antes que Octavio.

Advertido á tiempo Francisco Limaille de que en vez de una, eran necesarias dos víctimas, todo estaba salvado...

Mientras tanto José, pensativo por la facilidad con que había logrado desembarazarse de Matifay, y meneando la cabeza, repetía despacito: «Los muertos tienen doble vista», y añadió:

La muerte te espera en Apreval,
Vuelve la brida al caballo para librarte del mal.

VIII

EL ÚLTIMO AULLIDO DE NEGRILLO.

Las hornagueras de Noirmont ocupan todo el fondo de un valle largo y triangular que se halla rodeado por todos lados de altas colinas cubiertas de bosques. La parte recta del triángulo la forman las colinas de la Trompardiére; y las otras dos las colinas de Noirmont, cuyo camino se halla abierto y pasa contorneándolas á la mitad de su altura. Sin duda alguna, este valle ha debido ser en otro tiempo el lecho de un estanque que se comunicaba en su parte superior

con Apreval, y con Noirmont en su parte inferior: en el día no es sino una inmensa llanura pantanosa cubierta de una yerba parduzca, á intervalos verdosa, sembrada de juncales enanos, de mimbreras y de algunos grupos de sauces raquíuticos.

En la época que pasaban los acontecimientos que vamos refiriendo, estas hornagueras, apenas explotadas hoy día, estaban entonces completamente abandonadas. Los bosques de los alrededores, espesos y poco utilizados, suministraban á los labradores mas leña de la que necesitaban, y se cuidaban muy poco de echar mano de la turba ó césped terroso, de modo que aquel valle, medio laguna, medio prado, servía únicamente para el pasto comun de todo el ganado de las aldehuelas y alquerías de las inmediaciones.

Durante el otoño, es decir, despues de los grandes calores de agosto, podía recorrerse este valle en todas sus direcciones, excepto por un lado de la parte norte hacia Apreval; pero en el invierno, y particularmente despues de las lluvias de noviembre y de marzo, era muy expuesto el aventurarse á andar por los parajes que parecían ser los mas firmes y seguros, y una verdadera locura en los demas sitios del valle.

El terreno esponjoso cedia por todas partes á la menor presión, y las huellas profundas que el paso de un hombre ó de un animal hacia, hundiéndose casi hasta la rodilla, se llenaban inmediatamente de una agua clara cuya superficie se cubría muy luego con una ligera capa de raíces y yerbas mezclados y enlazados entre sí, que flotando como un tapon de corcho, volvían á cubrir aquellas huellas, sin dejar el mas pequeño indicio de ellas, y no ofreciendo á la vista mas que una superficie lisa y, al parecer, compacta, pero engañosa y falsa, puesto que no indicaba por ninguna parte un suelo bastante sólido y capaz, por su consistencia, de sostener el peso de un cuerpo humano.

Para poder caminar por un terreno tan peligroso, aunque tan inocente en su apariencia, era preciso tener mas que precaución y prudencia; era preciso instinto: adivinar, por medio de la presión del pié, la cantidad de peso que podía sostener; saber distinguir, por medio de los diversos matices y calidad de las yerbas que cubrían la tierra, la solidez y consistencia del suelo; aprovecharse de los menores accidentes ó recursos que el terreno ofrecía, tales como un juncal ó alguna gruesa raíz ó tronco de árbol podrido; era menester, en fin, andar con mucho cuidado, con el ojo muy alerta y el pié muy ligero, porque sucedía con mucha frecuencia que el sitio por donde se había pasado por la mañana con cierta seguridad, sin una causa ostensible ó motivo aparente, aquel mismo sitio se había convertido por la tarde en un lugar de muerte.

Los animales, por lo general y por particular instinto, suelen conocer mejor que los hombres estos lugares peligrosos, y saben librarse de ellos. Causa maravilla el ver á los jacuchos del país, abandonados á sí mismos en aquellos parajes, saltar de trecho en trecho con la mayor soltura en aquella pradera, movédiza debajo de sus piés, como un océano de lodo.

Maravilloso era también ver á Negrillo marchar delante de su amo, con la cola enroscada, tan tranquilamente como si lo hubiese hecho por la carretera real. De vez en cuando solamente daba un brioso brinco bruscamente, ya á un lado, ya á otro, y entonces José murmuraba:

— ¡Gracias, Negrillo, gracias!

El animal, con aquel brinco, acababa de salvar la vida de José.

Ahora bien, este valle lleno de abismos, cuya topografía apenas conocía el caballero de Rancogne, era el que Octavio debía atravesar en la dirección de su mayor longitud, y por el que José emprendía su marcha para alcanzarle; terreno de que apenas había recorrido el caballero la tercera parte.

Él también se había fiado en la sagacidad de su caballo, y buena suerte tuvo; pues sin el inteligente animal, probablemente haría ya largo tiempo que se habría realizado el siniestro horóscopo de Biassou.

Se cuentan apenas, por las hornagueras, tres kilómetros de camino á Apreval. Pero el peso del jinete molestaba al caballo, y á cada veinte pasos el animal se veía obligado á detenerse, sofocado, cubierto de sudor, con espuma en la boca, y encorbandose sobre sus piés separados para no hundirse hasta el petral.

Entonces Octavio se apeaba, y animando al animal con caricias, esperaba á que recobrase aliento.

Cinco ó seis veces, durante estos altos forzados, le pareció oír una lejana voz. — Pero cada vez creyó haberse engañado, y continuó su camino.

Esta voz era la de José, y Octavio se hubiera salvado si la hubiese escuchado.

— ¡Vuelve la brida á tu caballo!

El cielo se había aclarado. Las últimas nubes lluviosas huían rápidamente, llevadas hácia el sur por la borrasca, y la llanura aparecía inmensa, uniforme, parda, bajo el claro oscuro del cielo.

Esos macizos sombríos en el horizonte eran las colinas de Apreval; esa estrecha banda reluciente como una hoja de acero, era el estanque.

Todavía algunos minutos de valor y de paciencia, y el caballero estaba salvado.

Se lo repetía á su valiente corcel, como si hubiese podido comprenderle; y como si le hubiera comprendido en efecto, el animal se afirmaba en sus remos, escogía el punto en donde había de colocar sus piés, y daba resoplidos para sacudir la espuma que salía de las dilatadas ventanas de sus narices.

— ¡Ah! ¡vuelve la brida á tu caballo!

José sentía la proximidad del peligro; se deshacía en dar gritos aflictivos que Octavio no oía; no estaban, sin embargo, muy alejados uno de otro á esta hora; pero el viento fuerte que soplabá era tan violento, que llevaba los gritos... con las nubes.

Al cabo de algunos instantes José pudo divisar, en línea recta delante de él, á unos quinientos pasos, una forma oscura que se destacaba mas negra sobre el fondo negro del ribazo, agitándose confusamente.

Y haciendo un esfuerzo sobrehumano, gritó con toda la fuerza de su alma:

— ¡Vuelve, vuelve la brida á tu caballo!

Esta vez, Octavio oyó; se detuvo y fijó su atención. Pero en frente de él vió brillar como un relámpago, y no tuvo sino el tiempo de tirar las riendas y de hacer encabritar á su caballo, que dió un relincho de dolor. — Una detonación resonó, repetida por los ecos de las colinas, y el caballo cayó hácia atrás con el jinete.

La brida ha sido rota, y destrozado el bocado:
¡Rancogne muere!... y ¡muere asesinado!

Olvidando toda prudencia, José se lanzó hácia él corriendo, y Negrillo le siguió.

Pero no apercibió ya mas que una masa confusa debatiéndose en el suelo, donde se hundía á vista de ojo. La conmoción producida en la masa fangosa la hacía vacilar hasta debajo de los piés de José. Había no solo imprudencia en acercarse, sino imposibilidad.

José, sin embargo, lo intentó; pero bien pronto tuvo que abandonar su proyecto, viéndose obligado á detenerse.

Esta detención le salvó doblemente la vida.

En la orilla, Matifay lo designaba con el dedo á Francisco Limaille. Este le apuntó; pero José estaba fuera de alcance, y Limaille no disparó.

Negrillo, el excelente perro, no se hallaba ya al lado de José. Mas ágil y menos pesado que su amo, había llegado hasta acercarse al negro y fangoso torbellino donde estaban sumergidos el caballero de Rancogne y su caballo; apoyándose sobre sus patas arqueadas, tiraba desesperadamente de un embozo de la capa del caballero, que sobrenadaba.

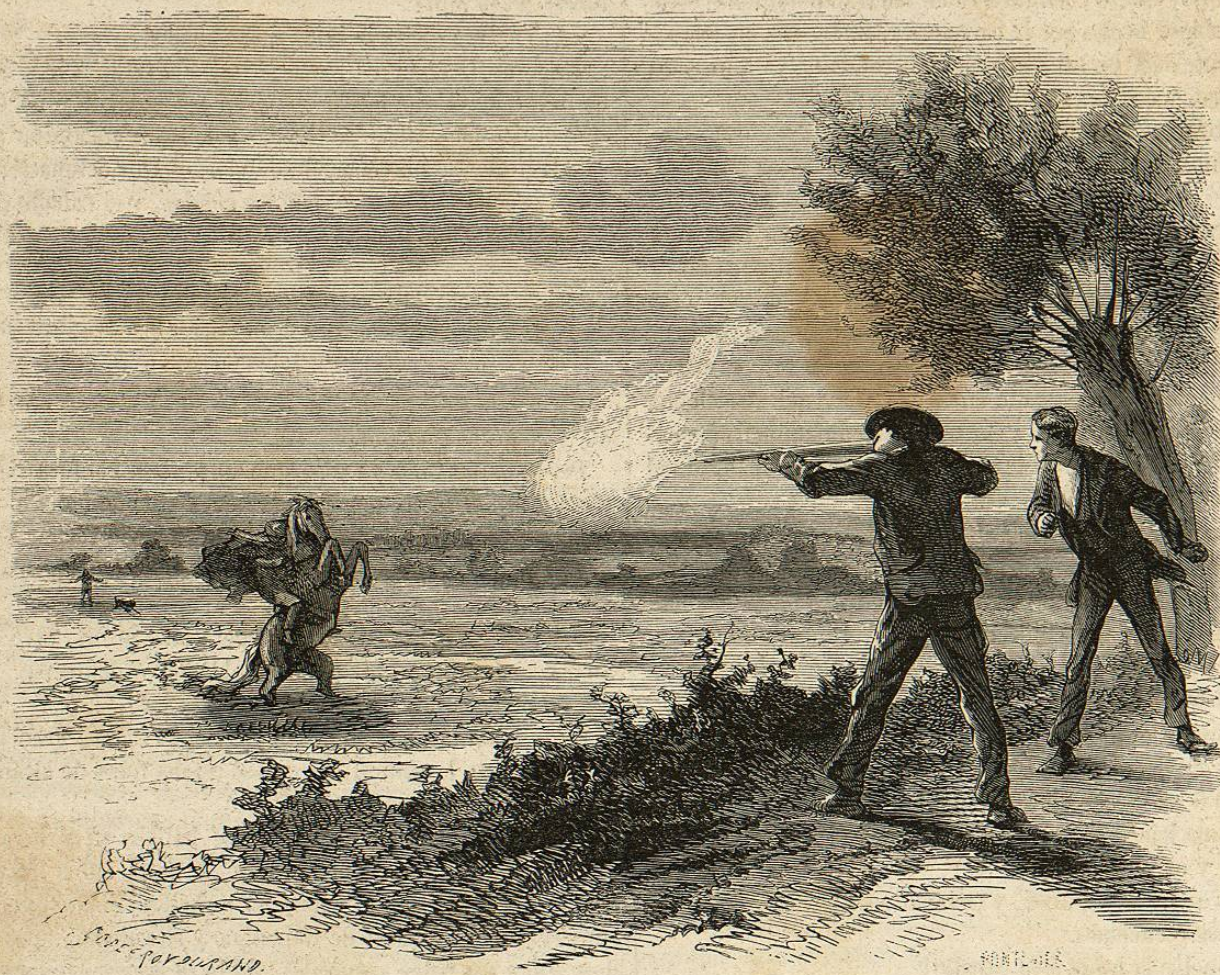
Matifay y Limaille tuvieron miedo que este miserable animal consiguiera salvar al caballero, ó al menos sacar del abismo, que debía servirle de tumba, algun indicio revelador. ¿Quién pudiera decirlo? En las horas del crimen, mil ideas vertiginosas atraviesan el cerebro; se tiene calentura.

Matifay gritó: — ¡Mata el perro!

Otra detonación resonó á través de las colinas; y el valiente Negrillo, herido de muerte, soltó la presa que tenía agarrada con sus dientes, y levantando la cabeza hácia el cielo, dió un prolongado y lastimero alarido, el último de su vida.

En aquella misma hora, la condesa Elena acababa de dar á luz una niña que acariciaba en su seno. Casi olvidaba, la pobre madre, las angustias de esta noche. Abrazando á su niña, sentía renacer su confianza en Dios, la esperanza en el porvenir. Además, ¿no estaba al lado de ella Rosa, diciéndole que José había marchado, que José había jurado traer consigo á Octavio, y que lo que él había jurado, José era capaz de cumplirlo? ¿Quién podría, ni quién se atrevería á intentar nada contra ella, cuando Octavio estuviera á su lado? De acusada se trasformaría en acusadora, de víctima se cambiaría en vengadora.

Champion entró.



Una detonacion resonó.

Champion era odioso á la condesa.

Pero en este momento se sentia tan completamente tranquila, tan completamente segura, que ni siquiera tuvo miedo; y sin embargo, Champion estaba muy pálido, su mirada era muy sombría.

Champion hizo señal á Rosa para que se retirara.

La jóven se levantó titubeando.

— No te vayas, Rosa, dijo la condesa.

Rosa se alejó solamente algunos pasos y se mantuvo en pié en el hueco de la ventana.

— Elena, dijo Champion en voz baja, por última vez tengo lástima de vos. Por última vez vengo á implorar la salvacion de vos misma.

Elena se sonrió con desden y altivez.

— M. Champion, yo soy quien os rogaré, por vos mismo, que renunciéis á vuestro miserable plan, si en lo sucesivo os quereis salvar. Acusadme, alguien estará allí que sabrá defenderme, y vuestra acusacion será la señal de vuestra condenacion.

Champion palideció.

Los asesinos son muy atormentados en el dia del crimen

por sus propios pensamientos, y viven en una áspera atmósfera de locura. Hacia dos horas que no cesaba de hablar solo consigo mismo; una idea le perseguia, una idea extraña, imposible, pero que no podia rechazar. Esta idea, Elena la despertaba en él anunciándole ese misterioso vengador, ese *alguno* que sabria bien defenderla.

Esta idea era que Octavio no habia salido del palacio, que habia oido toda su confesion, que le habia espiado á través de la ventana.

Champion habia acompañado á Octavio hasta el patio, le habia ayudado él mismo á montar á caballo, habia visto la puerta cochera cerrarse tras de él; estaba seguro, materialmente seguro, de que despues, de ningun modo, el caballero habia podido volver á entrar en Noirmont; pero por mas que se decia, se repetia todo eso, la idea volvia siempre obstinada y atormentadora.

Era quizás una especie de remordimiento.

Rosa dió un pequeño grito.

— ¿Habeis oido? exclamó.

Despues de un intervalo de algunos instantes, una segunda detonacion sorda y lejana resonó. El rostro de Hércules se

despejó, su pecho se alzó, como si le hubiesen quitado un peso de mil libras de encima, y volviéndose hácia la condesa, no le contestó mas que con estas cuatro palabras:

— Octavio de Rancogne ha muerto.

Negrillo en las hornagueras daba su último alarido, y en el cuarto bajo del castillo el Biassou exhalaba su último suspiro. Este suspiro era como un eco de las palabras que Champion pronunciaba en el primer piso.

Las palabras supremas de Biassou fueron:

— ¡Rancogne ha muerto!

El alba empezaba á nacer alumbrando el sombrío paisaje con un resplandor azulado al principio que, por grados, se fué trasformando en morado, en lila y en vivo sonrosado. Espesa niebla se elevaba en toda la superficie de las hornagueras, pero al través de este tupido velo, José podia distinguir en el ribazo del camino, las dos sombras acurrucadas de Matifay y Limaille, lo mismo que distintamente estos podian divisarle á él, en pié é inmóvil.

Inmóvil y en pié permaneció hasta que la última ondulacion del sol naciente hubo cesado. Solamente entonces, no pudiendo ya hacer nada en favor del caballero, pensó en la retirada.

Su situacion era grave. No dudaba del interés que los dos asesinos tenian en hacer desaparecer el único testigo de su crimen; ¿cómo escaparles ahora que llegaba el dia?

¿Volver por el camino recorrido ya? No debía pensar en ello. En primer lugar el trayecto era demasiado largo, y ¿no hubiera sido echarse él mismo en manos de sus enemigos?

José estaba convencido de que ellos guardarian el limite accesible de las hornagueras, y no le permitirian atravesarlas.

Un solo recurso le quedaba: trepar lo mas pronto posible las colinas de la Trompardiére, muy escarpadas, muy cubiertas de robles y de encinas por aquella parte, y por consiguiente de una vigilancia mas difícil, si no imposible. Pero para llegar á estas bienaventuradas colinas, era preciso atravesar la parte mas peligrosa de los pantanos, un espacio poco extenso, es verdad, pero perpetuamente remojado por las infiltraciones del estanque de Apreval, un abismo de lodo, que las sequedades de la canícula conseguian solidificar á penas.

En cuanto al plan de Matifay y de Limaille, era muy sencillo. Se creian seguros de su presa.

El acceso de las hornagueras no era practicable sino por el lado del camino. A cualquiera punto que ensayara abordar José, á quien no perdian de vista, encontraría uno de ellos inevitablemente. Ni uno ni otro habia pensado un solo instante en la tercera y peligrosa via de evasion, por la cual el valeroso jóven acababa de optar.

No obstante, este se ponía en disposicion de ejecutar su atrevido proyecto. — Pero ¡ah! desde el primer momento lo reconoció impracticable. Si no se hubiese echado atrás vivamente, hubiese sido tragado al tercer paso dado.

Limaille y Matifay le miraban hacer desde la ribera.

— ¡Dejémosle, dejémosle! decia Limaille; nos ahorra

trabajo; vereis como se ahogará sin que nadie le preste socorro.

De repente, con gran sorpresa de los dos cómplices, José marchó hácia el norte, en la direccion del estanque, se alejó rápidamente, y poco á poco desapareció en la niebla.

— ¿A dónde diablos va? murmuró Matifay, pensativo por esta maniobra cuyo objeto ignoraba.

Un nuevo proyecto habia germinado en la imaginacion inventiva de José.

Un momento, desesperado de su mal éxito, estaba casi determinado á marchar derecho hácia el enemigo, decidido á morir en el sitio mismo donde su amo habia fallecido. Pero de improvisó pensó en un expediente que quizás podria facilitarle la travesía de la hornaguera.

El estanque de Apreval retrocede cada dia ante las invasiones del pantano. El paraje donde se encontraba entonces José, fuera del alcance de la vista de sus espías, gracias al espesor de la niebla, habia sido la orilla misma del estanque.

Desde largos años, entre las espesuras verdes de las zarzas y de los espadañares y juncales, una gran barca chata habia sido abandonada y se podria hundida en el lodo. José se habia acordado de esta barca, y trató de arrancar algunas tablas medio desclavadas de ella.

Presto, Matifay, inquieto ya de su larga ausencia, le vió venir teniendo en cada una de sus manos una de estas tablas, escoger el lugar donde el lodo le parecia mas sólido, extender allí la tabla, y caminar con precaucion sobre este apoyo vacilante. Llegado á la extremidad de la primera tabla, José extendió la segunda y levantó de nuevo la primera; y merced á esta maniobra repetida de la misma manera, no le fué muy difícil el abordar á la otra orilla.

Matifay exhaló un grito de rabia, y dió un brinco para lanzarse en persecucion del fugitivo; pero se detuvo en el borde de la hornaguera; un sudor frio le acometió al pensar que, para alcanzar á José, era menester atravesar el paraje mismo donde acababa de ahogarse el caballero de Rancogne, y tuvo miedo de que el muerto no le tirase de los piés.

Por lo que hace á Limaille, se habia apoderado de las pistolas con un formidable juramento, y, corriendo á la orilla, se disponía á contornar el estanque de Apreval. Apresurándose, le eran preciso unos veinte minutos. Quizás llegaria todavía bastante á tiempo para sorprender á José en el paso:

— ¡Adelante, adelante, valiente! le gritó Matifay. Si lo alcanzas, tu fortuna está hecha.

— No tengais miedo, respondió Limaille sin detenerse. No tiene uno mas gana que vos de ser achicado.

Entonces Matifay, echándose la escopeta al hombro, se marchó con paso tranquilo en direccion á Noirmont, andando en sentido inverso el mismo camino que habia recorrido á buen paso la noche precedente.

Se fué paternalmente, con las manos en los bolsillos, tratando de disimular su inquietud bajo la máscara de un honrado ciudadano que vuelve de una cacería matinal en el pantano.

José estaba ya ocupado en escalar los ribazos abruptos de

las colinas de la Trompardiére. Llegado á la planicie, se torció hácia la izquierda y fué, á través de los sotos, hasta la alquería que debía servir de asilo á Octavio.

El hijo del inquilino era de su edad, y consintió en prestarle vestidos secos para reemplazar su chaqueta y sus pantalones manchados de lodo y húmedos.

Acabado este cambio de traje, José volvió á partir sin tomar un minuto de descanso; se creía perseguido, y sabía bien que si era alcanzado, no se le daría cuartel.

¡Ay de mí! ¿Qué podía hacer el pobre mozo por la condesa Elena, ahora que el caballero Octavio estaba muerto? ¿Qué podía hacer, sino ir á contar á la justicia lo que había visto? pero ¿le creerían, ó bien no le acusarían de calumnia? ¿Qué interés, despues de todo, podía tener ese Matifay, universalmente conocido como un hombre honrado, en la muerte de Octavio? El pobre José buscaba laboriosamente lo que debería hacer, y no encontraba.

Pero ¿qué importa? En el fondo de su corazón adicto renovaba solemnemente la promesa de combatir, cualesquiera que fueran, los enemigos de Rancogne, y de morir si preciso fuera en este combate.

En aquel momento salía el sol, y José se acordó del juramento hecho al Biassou. De pié en la cresta de las colinas, dirigió hácia atrás una profunda mirada. Debajo de sus piés, el valle cubierto de niebla se extendía á lo largo como un mar, y el sol, semejante á una bala de cañon enrojecida, saliendo lentamente de aquel espeso velo, iluminaba el horizonte con sus reflejos de púrpura, de oro y de opalo. José pensaba tristemente que en el fondo de este abismo, bajo las vagas chispas de estos brillantes vapores, en una huesa de fango negro, yacía para siempre el cadáver del desgraciado caballero Octavio de Rancogne.

Entonces, repitiendo piadosamente uno de los versículos del cántico de muerte de Biassou, y alterando un poco el versículo segundo, murmuró:

De Noirmont, en el grande hornaguero,
Duerme en paz Rancogne el caballero.

Luego volvió la espalda á este maravilloso paisaje, y se alejó á grandes pasos.

IX

LAS GRUTAS.

José camina con paso rápido por la calzada real, cuyo suelo nivelado y compacto el sol casi ha secado ya. Hace un tiempo soberbio; no hay una nube en el cielo, de un azulado claro, al cual los vapores de la lluvia no hacen sino dar un encanto indefinible y vago. Las revueltas de los

valles se pierden en la neblina, y se imagina uno ver detrás de ellas yerbas mas verdes, fuentes mas claras, cascadas relumbrantes con el sol, como diamantes.

José marcha con paso presuroso; con la huida de la noche, el recelo del peligro se ha disipado; con la vuelta de la luz serena del día, la fé en el porvenir se ha robustecido.

Verdad es que, cuando la imagen de los sombríos acontecimientos de la vispera vuelve á pasar ante sus ojos, su frente se arruga y su paso es mas lento. Oye todavía resonar en sus oídos el eco siniestro de la canción de Biassou, el grito terrible de la condesa Elena: «¡Asesino!» el último relincho del caballo herido de muerte sepultándose con su jinete en las hornagueras. Pero sus labios murmuran: «¡Adelante!» y blandiendo con mas ardor su garrote nudoso de espino blanco, prosigue su camino.

¡Adelante, José! tú salvarás á Rancogne, el Biassou lo ha dicho, ¡y el Biassou lo sabe bien! «Los muertos ven doble.» ¿No ha anunciado la desgracia precisamente como ha acaecido? ¿Por qué se habría equivocado en las cosas buenas?

¡Adelante, José, adelante! ¡encuentra el tesoro! ¡castiga á los asesinos! ¡confunde á los calumniadores! ¡paga á la condesa Elena el beso que llevas impreso en tu frente, radiante como una estrella!

¡Oh! los valerosos corazones de diez y seis años, ¡qué amor de la aventura imprevista y caballerisca! ¡Qué desden supremo del obstáculo! ¡qué fé en lo casual... esa providencia de los atolondrados... y los generosos!

¡Adelante!

Y José marchaba, marchaba siempre. Dejaba tras de sí las colinas, los valles, trepaba las cuestas á paso acelerado, y las bajaba á la carrera. Marchaba, marchaba, y para reposarse, cuando estaba demasiado cansado, tomaba un pequeño paso de dos leguas por hora.

El aire libre abre el apetito. Eran ya las once de la mañana, José tenía hambre, era preciso tratar de desayunar.—No hay posada en los alrededores, se adivina; pero José era hombre precavido. Sacó del bolsillo de su chaqueta un gran pedazo de pan negro, de que se había provisto en la Trompardiére.

No hay buena comida sin bebida. Comido el último bocado, José echó una mirada á su alrededor, y descubrió á la derecha del camino una pequeña hondonada bien sombreada y muy verde; un arroyuelo debía correr por aquel sitio. José bajó hasta allá, para regar su pan de maíz, y despues de haberse repuesto con este frugal almuerzo, volvió á subir á la carretera.

No había andado doscientos pasos, cuando se oyó llamar. — ¡Eh! ¡eh! ¡jóven!

José miró en derredor suyo y no divisó mas que un peon caminero apoyado con ambas manos en el mango de su pison.

— ¿Se os ofrece algo, amigo? preguntó cortesmente. — Nada. Solamente deciros que vuestro camarada os busca. Me ha preguntado: ¿Habeis visto pasar un jóven pequeño de estas y las otras señas? Yo le he respondido que no, y entonces ha vuelto atrás.

— ¡Ah! dijo José pensativo, ya sé lo que es. Uno alto colorado, ¿no es verdad? con una barba recortada, y vestido como uno de la *bandilla*.

— Justamente, mas encendido y subido de color que la vaca del diablo.

— Pues bien, si vuelve á pasar, voy delante, ya me alcanzará.

— Sería menester trotar como un caballo para alcanzaros si manejaís así vuestras piernas, contestó el peon caminero á José que se hallaba ya bastante lejos.

— ¡Bien cuento con ellas! murmuró él.

En cuanto hubo traspasado un recodo brusco del camino, se dirigió lateralmente á un bosque de castaños que estaba allí, y tomó á campo travieso, contentándose con seguir casi la dirección del gran liston blanquecino que no perdía de vista.

Sentía que á partir de este instante, las mayores precauciones se hacían indispensables. Limaille había vuelto á encontrar su pista.

Las vueltas y revueltas que se vió precisado á dar retardaron su viaje, y no llegó á Montbron sino á las cinco de la tarde. Rendido de fatiga, y medio muerto de necesidad, entró en la primer posada que encontró, se hizo servir una grande escudilla de sopa, un pedazo de tocino y dos cuartillos de vino gris del país, — una verdadera francachela que le costó sobre unos doce sueldos. — Pero, gracias á la herencia del Biassou, José tenía *con qué*. Empleó el resto de la moneda en la compra de una libra de velas y de un eslabon. Tuvo también la precaucion de proveerse de una buena provision de pan, vino y queso. No se sabe lo que puede acaecer.

Había anochecido cuando concluyó de cenar. Aseguró solidamente su garrote en su mano derecha, dió las buenas noches á la posadera y continuó su marcha.

La carretera de Montbron á Rancogne es muy pintoresca, por eso mismo, nada mas propicio para las emboscadas.

Cuando la oscuridad fué completa, no se sintió ya enteramente tranquilo. Caminaba por medio de la carretera, desconfiándose de los menores matorrales, mirando á derecha ó izquierda, con el garrote siempre dispuesto á parar un golpe ó á devolverlo. Por fortuna, la luna se levantó en el momento mismo en que entraba en el bosque de Bracone, por uno de cuyos lados atraviesa el camino. La sombra de José se destacaba neta, precisa, negra como la tinta en el fondo claro del suelo. Era cierto al menos ahora, que nadie podría saltar sobre él de improviso; pero, por otra parte, esa luz le era desfavorable puesto que le hacía perfectamente visible. ¿Quién sabe si Limaille no estaba oculto allí detrás de algun matorral y apuntándole?

En fin, pasó los últimos árboles de la selva, y casi llegaba ya al punto de su viaje. Las crestas de Roche-Berthier y de Rancogne mostraban sus dentelladas formas negras en el cielo de un azulado blanquizo. — José volvió hácia la izquierda. Presto oyó el susurro del río Tarduère corriendo sobre su lecho de guijarros finos. Atravesó el vado, se metió en la sombra contorneada por las altas colinas tapizadas de

encinas achaparradas y de bojés enanos, y llegó delante de un agujero negro, que era una de las entradas de las grutas.

Detúvose antes de penetrar en ellas, miró, escuchó: ¡ni un soplo!... nada mas que la noche. Persuadido entonces de que sus terrores eran vanos, que Limaille había perdido su huella ó renunciado á perseguirle, se introdujo deliberadamente en las tinieblas.

Siguió, — encorbando la espalda, porque ignoraba la altura de la bóveda que en este paraje es muy baja, — un corredor largo de unos cincuenta piés. Luego, girando á la derecha en una hoyada lateral, encendió una de sus candelas.

Tres ó cuatro encrucijadas se presentaban delante de él. Cada uno de estos corredores se inclinaba siguiendo una pendiente rápida. José tomó una al azar, sabiendo que todas le llevarían en un tiempo mas ó menos largo á aquella gran sala ó *nave* que admiran cada año millares de curiosos viajeros.

La tierra arcillosa, y cada vez mas húmeda y resbaladiza á medida que uno va descendiendo, le llegó á cubrirle á veces hasta los tobillos. Por eso no podía aventurarse sino con la mayor lentitud y circunspeccion, tanto mas cuanto que corría el riesgo de encontrar debajo de sus piés alguno de esos pozos que ponen en comunicacion los diferentes pisos de las cuevas.

La luz de la vela proyectaba en derredor suyo un estrecho círculo luminoso, y á veces su resplandor se reflejaba en las cristalizadas filtraciones de las paredes y de las bóvedas. Estas se elevaban por grados, y las paredes se iban ensanchando de tal modo, que la débil luz de la mecha carbonizada de la vela no bastaba ya para iluminar ni las unas ni las otras. Parecióle entonces á José que se encontraba en medio de una oscuridad ilimitada. Solamente cuando la luz que tenía en la mano oscilaba, de repente aparecían en lontananza las puntas brillantes de alguna pechina gigantesca ó de alguna pilastra cuyas dos extremidades se perdían en la sombra.

Hallábase en la nave.

En medio de esta área tan vasta como una iglesia, se levanta un monólito enorme, que redondeado, amoldado por las gotas de agua que incesantemente caen de la bóveda, imita groseramente la forma de una cátedra, ó tribuna.

José no tuvo trabajo en encontrarlo; una vez llegado al pié de este extraño púlpito, fijó su candela en una fragosidad de la roca, y sacando de su bolsillo el plan de Biassou, lo estudió minuciosamente. El diseño figuraba en su centro la nave y la tribuna misma debajo de la cual José se había agachado. Uno de los puntos del pilar estaba marcado con una R, y en frente, el punto correspondiente de la circunferencia de la sala estaba marcado con una A; galerías sinuosas terminaban en esta A, y para indicar, á cada uno de sus codos, la nueva dirección que debía tomarse, el Biassou había inscrito en ella sucesivamente las letras N. C. O. G. N. E. En fin, al extremo, había designado en el plano, con una calavera, una especie de pequeña sala circular.